

Memorialistas & Viajeros

François-Auguste Biard: “Dos años en Brasil”

Bartolomé Leal, desde Florianópolis

El siglo XIX fue el período de oro de la narrativa de viajes. Los avances en los transportes y las comunicaciones, heredados de la revolución industrial, transformaron los periplos no ya en una aventura con posibilidades de perder el pellejo, sino en una empresa factible, de la cual se podía sobrevivir. En teoría, por cierto: el mundo era ancho y ajeno. Con ello nace el escritor especializado en el relato de viajes, como este *Monsieur Biard*, un pintor y dibujante francés nacido en Lyon en 1798 y que “pasó la mayor parte de su vida recorriendo el mundo, tomando apuntes, narrando sus viajes, con destino a publicaciones periódicas de aquel tiempo”, como nos informa el anónimo prologuista de este libro que, para mayor gratificación, cuenta “con dibujos del autor”. En realidad los grabados son de Edouard Riou (el célebre ilustrador de las obras de Julio Verne), a partir de los croquis de Biard.

François-Auguste Biard visitó el Brasil entre los años 1858 y 1859. Una de sus escalas fue Río de Janeiro, donde tuvo un encuentro con Pedro II e hizo retratos de la familia imperial. El punto es gracioso porque su libro empieza con este diálogo imaginario: “Mi querido amigo, ¿de dónde habéis sacado esa idea de ir al Brasil? Es un país nada saludable; la fiebre amarilla existe todo el año, y dicen que hay serpientes venenosas que en pocos minutos despachan al más pintado. No vayáis al Brasil –me decía otro–. Nadie va allí a menos de ser nombrado emperador del Brasil”. Lo de Biard se publicó en la revista divulgativa *Le Tour du Monde*, que apareció entre 1860 y 1913. Las ilustraciones por sí solas hacen de este libro un prodigio.



Durante su viaje Biard coleccionó conchas, plumas de pájaros, cangrejos y pieles de animales. Los usos y costumbres locales, las condiciones de vida de esclavos e inmigrantes, las ciudades del litoral marítimo, la selva amazónica, la fauna y la flora, noticias etnográficas con visión de época y mucho más, son descritos en el libro. Los

brasileños han opinado que “el artista francés fue uno de los más satíricos críticos de la vida cotidiana en el clima tropical brasileiro. Narró innumerables aventuras involucrando insectos, reptiles y animales feroces. Su libro está ilustrado con dramáticos grabados de nubes de mosquitos, invasiones de hormigas y una operación de extracción del llamado bicho del pié”. Se describe la travesía en el vapor inglés Tyne, donde alterna con unos “pobres colonos alemanes que, confiados en promesas que rara vez se realizan, iban a probar fortuna al Nuevo Mundo”. Se equivocó el bueno de Biard, los descendientes de esos alemanes se hallan entre los más ricos ciudadanos brasileños de hoy.

No se arredra jamás. Lo dice bien: “El instinto de conservación da la fuerza suficiente para arrostrar los peligros; el hábito gasta las emociones y el hombre se acostumbra a vivir en los sitios más salvajes y menos sanos”... Pero Bahía lo impresiona desfavorablemente: “Negros, siempre negros, gritándose, moviéndose, empujándose unos a otros. Nada de inesperado en los trajes: pantalones sucios, camisas sucias, pies no más limpios y gruesos como los de los elefantes, por causa de la horrible enfermedad que llaman elefantiasis”. En todo caso matiza, para tranquilizar a sus lectores: “Siempre había oído decir que para ver negras hermosas era preciso ir a Bahía. En efecto, vi algunas que no me parecieron mal, pero todo aquello se revolvía en las callejuelas estrechas de la ciudad baja, donde los comerciantes franceses, ingleses, portugueses, judíos y católicos, vivían en una atmósfera pestífera”. Como fuera, los dibujos y croquis que Biard realiza de esos desgraciados (según él), son espectaculares.

Se instala a pintar al aire libre y en el palacio imperial (donde le han dado una enorme llave para ingresar). Allí se deleita contemplando las maniobras de la guardia, comiendo frutas y bebiendo café. También se asombra de la estatura y belleza de las negras de Río, que siempre cargan algo en la cabeza, lo que les da un aire majestuoso al caminar. Asiste a fiestas religiosas en las calles cariocas, donde se baila y canta a ritmo desenfrenado, con instrumentos inventados por los negros. Se admira de las ventas de pájaros multicolores y de las subastas de esclavos, no distinguiéndose éstos de otras mercancías: “Un comprador se quedó con dos mujeres, un negrito, una mesa, varios utensilios y un caballo”. Los seres humanos salen caros, apunta, porque el tráfico de esclavos está abolido.

Su natural inquieto le hace aprender el portugués, para comunicarse mejor, y pronto se pregunta acerca de los indios. Le dicen otros franceses que son una raza perdida en Brasil. Pero él ha escuchado de un italiano que vive al interior, en Espíritu Santo, donde se ha hecho rico con la madera de palisandro, y que se sirve de indios. Hacia allá se embarca. Cuenta: “A punto de partir, se me ocurrió hacer una cosa de que no tenía la menor idea: se me ocurrió hacer fotografías. Ahora bien, como no entendía una palabra del asunto, compré uno viejos instrumentos inservibles...”. No le funcionaron, por cierto, y la posteridad se perdió las fotos de *Monsieur* Biard (aunque puede haber por ahí alguna placa perdida). Un incendio en el barco que los lleva a Victoria le permite hacer vívidas descripciones de los sufrientes pasajeros quemados. El resto del viaje lo hace en canoa, entremedio de los manglares.

“Al caer la tarde llegamos a la aldea india de Nova Almeida, habitada en otros tiempos por los jesuitas. En medio de la plaza hay un poste, al que eran atados los indios

culpables de algún delito”. En la cercana aldea de Santa Cruz ve una iglesia que es pura fachada (“obra maestra del orgullo humano en su más sencilla expresión”), contempla sus primeras orquídeas y se admira de cacaúas, sapos, luciérnagas y monos. La selva lo pone finalmente en éxtasis. Es allí donde pretende realizar bocetos de las tribus salvajes que halla a su paso. Pero las dificultades se revelan insalvables, dado que por superstición se niegan a posar para el pintor. Al revés, Biard se transforma en objeto de interés para los indios, le componen canciones. Las asechanzas de alimañas lo mantienen en constante alerta. El viaje se ha transformado en una aventura peligrosa, pero se lo pasa en grande.

Biard no siempre viajó en solitario. Hasta por el Polo Norte anduvo, donde conoció a su prometida y luego esposa Léonie d'Aunet, también viajera, que publicó en 1854 un libro bastante popular en la época sobre sus experiencias en el Círculo Polar Ártico. La *Madame*, vuelta famosa, no tardó en caer en el delito de adulterio, nada menos que con Victor Hugo, otro gran viajero decimonónico. Fue condenada. *Monsieur* Biard se portó implacable. ¿Qué es preferible? ¿Viajar solo o acompañado? Daría para una encuesta.

